

capítulo 2

–BIENVENIDOS –DIJO LA SRA. QUENELL CUANDO todos estuvimos sentados alrededor de la mesa. En realidad, no éramos más que cuatro. La clase era todavía más pequeña de lo que DJ había asegurado. Para mi sorpresa, ahí no había un timbre estruendoso y agresivo para señalar el comienzo de la clase. Supuse que, en El Granero, los alumnos eran tan frágiles que el sonido de un timbre podría enloquecerlos. En su lugar, la profesora echó un vistazo a la esfera extremadamente pequeña del reloj de oro que tenía en su estrecha muñeca y frunció levemente el ceño, como hace la gente cuando mira la hora.

La Sra. Quenell era como una abuela graciosa y elegante con el pelo del color de la nieve descolorida, peinado hacia atrás. Debía tener un poco menos de ochenta años. Echó una mirada a su alrededor y dijo:

–Había esperado que todos llegarían puntualmente al comienzo, pero veo que no es así. Tenemos mucho trabajo por delante, de modo que me agradecería empezar aun cuando haya un ausente.

Me pregunté quién sería. Tal vez era alguien nuevo como yo y no tenía una compañera como DJ que lo sacara de la cama y lo empujara dentro del aula. En ese mismo instante, podría estar profundamente dormido y deseando que todo el mundo lo dejara en paz, igual que yo.

–Como todos ustedes bien saben, esta asignatura se llama Temas Especiales de la Literatura –explicó la Sra. Quenell–. Y ahora me gustaría que fueran diciendo sus nombres y unas pocas palabras acerca de ustedes. Aun cuando algunos ya se conozcan de antes, recuerden que yo no los conozco más que por los informes.

Los otros tres chicos que se encontraban sentados a la mesa ovalada de roble en esa salita luminosa eran un muchacho con un estilo cuidadosamente planchado, con pelo negro recién cortado y camisa rayada; una hermosa afroamericana con la cabeza cubierta de trencitas y cuentitas brillantes en los extremos, que parecían fibras ópticas; y un chico cuyo rostro estaba cubierto por una capucha gris. No solo tenía la capucha levantada sino que también apoyaba la cabeza sobre los brazos cruzados, el rostro alejado de la vista de todos.

Súbitamente, como si supiera que lo estaba mirando, el chico de la capucha volteó hacia mí. El movimiento fue veloz y sorprendente como cuando una de las tortugas gigantes del zoológico decidía, de pronto, girar la cabeza. A diferencia de la tortuga gigante, el chico de la capucha era atractivo pero de una forma hostil. Se notaba que preferiría estar en cualquier lugar menos ahí –que era lo mismo que me pasaba a mí– aunque yo ocultaba mis sentimientos mejor que él. Lo mío no era hostilidad sino indiferencia.

Luego se bajó bruscamente la capucha y soltó su largo cabello rubio. Podía imaginarlo haciendo surf, snowboard, algo audaz, el pelo volando en el viento. *Conque es de esa clase de chico, pensé, el modelo temerario que nunca me gustó.* Y a Reeve tampoco.

–Los *machos* acaban de llegar –anunció Reeve un día en que una banda de ese estilo irrumpió en el comedor–. Vinieron a buscar su asignación diaria recomendada de proteínas *macho*.

–Ocho millones de gramos de carne cruda de tiburón –comenté.

De pronto, me di cuenta de que tenía los ojos fijos en el joven de la capucha justo cuando él me echaba una mirada que parecía decir “Ya deja de observarme”.

Nerviosa, desvié la vista hacia la ventana como esperando ver a un estudiante solitario apresurándose para llegar a nuestra clase.

La Sra. Quenell le hizo un ademán a la muchacha de las trencitas, que se sentaba a su izquierda. Parecía ser esa clase de chica que, cuando caminaba por la calle, era probable que se le acercara gente de alguna agencia de modelos y le entregara una tarjeta diciendo: “Llámanos cuando quieras”. Estaba sentada muy erguida en su silla con la mejor postura que yo hubiera visto alguna vez en alguien que no fuera un caballito marino.

–¿Qué les parece si empezamos por aquí? –dijo la profesora.

–De acuerdo –respondió la joven después de una pausa incómoda–. Me llamo Sierra Stokes. –Y se detuvo como si esa fuera toda la información que necesitábamos.

–¿Puedes agregar algo más? –preguntó la Sra. Quenell.

–Soy de Washington D.C. y estoy en El Granero desde la primavera pasada. Antes de eso –añadió Sierra en una voz ligeramente dura–, abandoné la escuela por un tiempo. Supongo que eso es todo.

–Gracias –dijo la profesora, y luego le hizo un movimiento de cabeza al chico de aspecto serio. Tenía una de esas cabezas cuadradas y masculinas que debían haber sido cuadradas y masculinas desde que emergió del canal de parto.

–Me llamo Marc Sonnenfeld –apenas se presentó pensé que tenía que formar parte de un *equipo de debate* en la escuela, seguramente como director–. Soy de Newton, Massachusetts –prosiguió–, y vivo con mi hermana y mi madre. Era presidente del centro de estudiantes y también director del equipo de debate.

Lo sabía.

–Pero después todo se puso horrible y ya no sé realmente dónde estoy –hizo una pausa y luego agregó–: Supongo que eso es todo.

–Gracias, Marc –repuso la Sra. Quenell y se volvió hacia el muchacho rubio de la capucha–. Muy bien, ¿por qué no te presentas a continuación? –su silencio se extendió tanto que resultó grosero, como si estuviera fingiendo que no la había escuchado. Finalmente, habló con una voz tan suave y monótona que era imposible oírlo desde el otro lado de la mesa.

–Una voz –dijo la profesora–. Eso es todo lo que tenemos –nadie tenía la menor idea de lo que eso significaba, pero ella pareció satisfecha ante nuestra confusión y esperó.

–Mmm, ¿qué? –masculló Marc.

–Todos tenemos solamente una voz –explicó la mujer–. Y el mundo es tan ruidoso... A veces creo que los que son callados –y señaló al chico maleducado– se han dado cuenta de que la mejor manera de que les presten atención no es gritando sino susurrando, lo cual hace que todos se esfuercen más para oírlos.

–Eso no es lo que yo estaba haciendo –dijo el muchacho en una voz repentinamente más fuerte–. Es mi manera de hablar. Solían decirme que utilizara mi voz *interior*. Y eso es lo que hice. ¿Y qué? ¿Ahora usted quiere mi voz *exterior*?

La mujer emitió una sonrisa tan leve que me pregunté si alguien más habría alcanzado a verla.

–No, tu verdadera voz –comentó–. Sea como fuere. Espero que la descubramos.

¿Quién *era* esa profesora? No podía decidir si estaba bromeando o hablaba en serio.

Me sentía incómoda sentada en esa sala; además, la habitación era tan pequeña que no había forma de ocultar mi incomodidad. En realidad, no había forma de ocultar nada cuando éramos tan pocos los que nos encontrábamos sentados alrededor de esa mesa. Un semestre completo en esas condiciones sería insoportable. Al echar una mirada a los que me rodeaban, tuve la clara sensación de que todos se sentían igual que yo.

Sin embargo, la profesora actuaba como si no se diera cuenta de que estábamos incómodos. Continuaba mirando al chico de la capucha esperando que se presentara de manera apropiada. Cuando finalmente lo hizo, pareció resultarle un gran esfuerzo.

–Soy Griffin Foley –dijo.

Y se detuvo. ¿Eso era *todo*?

–Bienvenido, Griffin –lo saludó la Sra. Quenell, y continuó esperando.

–Vivo en una granja a dos kilómetros y medio de aquí –agregó–. Siempre obtengo malas notas en Literatura. Se lo advierto –y luego se hundió en el asiento.

–Gracias –repuso la señora–. Me doy por advertida.

Justo en ese instante, la puerta se abrió de un golpe y el picaporte se estrelló contra la pared con tanta fuerza que temí que dejara un agujero. Sorprendidos, todos nos dimos vuelta al mismo tiempo y nos encontramos ante una chica en silla de ruedas que intentaba ingresar al aula.

–Mierda –exclamó cuando su mochila se enganchó con el marco de la puerta.

Todos los que estábamos en la mesa, la Sra. Quenell incluida, nos levantamos de un salto para ayudar aunque, de inmediato, nos sentimos un poco avergonzados ante nuestra exhibición exagerada de amabilidad. Sierra llegó primero, apartó la mochila del camino y la chica ingresó rápidamente a la clase. Era pequeña, pelirroja, delicada, pero estaba muy enojada, y la expresión que me vino a la mente fue *ardiendo*.

–Sé que no tengo excusa por haber llegado tarde –disparó con voz casi histérica–. No quiero recurrir al justificativo de ser paralítica... Ah, disculpe, *discapacitada*. Y no quiero que me diga que está perfectamente bien que haya llegado tarde –concluyó.

No obstante, al echar un vistazo a la profesora, constaté que no estaba todo perfectamente bien. La cuestión era

que esa chica aún no lo había comprendido. Seguramente había oído que todos los profesores de El Granero eran muy relajados y amables con los alumnos, temerosos de que una sola palabra severa pudiera desintegrarlos.

–No pensaba decirte eso –aclaró la Sra. Quenell–. Me gustaría que esto no vuelva a suceder. Tenemos mucho para hacer y no quiero perder un segundo.

La chica pareció sorprendida. Juraría que todos hacían lo imposible por no alterarla, de la misma forma en que todos hacían lo imposible por no alterarme a mí.

–Lo siento –se disculpó–. Pero todavía no aprendí a manejar bien esto.

–Entiendo, pero tendrás que encontrar la manera de hacerlo –dijo la Sra. Quenell con tono severo–. Si vas así por la vida, te perderás muchas cosas.

Entonces me di cuenta –y quizás a todos nos ocurrió lo mismo, porque esa chica también era nueva, igual que yo–, me di cuenta de que no era discapacitada de nacimiento y que su silla de ruedas debía ser un agregado bastante reciente. De pronto, tuve muchas ganas de saber qué le había sucedido. Como no tenía las piernas enyesadas, pensé que no tendría ningún hueso roto. Sin embargo, las piernas tampoco se veían arrugadas como las de la Malvada Bruja del Este justo antes de desaparecer bajo la casa. Parecían piernas normales enfundadas en blue jeans, salvo que resultaba claro que no funcionaban.

–Pero es tan duro –repuso la chica en una voz que sonó muy juvenil.

–Lo sé –dijo la profesora en tono más suave–. *Duro*. Utilizaste la palabra perfecta. Y yo creo firmemente en

encontrar la palabra perfecta. He sido así desde que tengo memoria.

Cerró los ojos y pensé que estaba haciendo memoria literalmente, rescatando una imagen específica muy lejana en el tiempo. Me pregunté si no sería demasiado grande como para estar enseñando. Tenía una personalidad ligeramente impredecible, que alternaba entre impaciente y comprensiva.

La mujer abrió los ojos y le dijo a la joven de la silla de ruedas:

–Desde que llegaste, ya te has enterado de dos cosas. La primera, sobre la impuntualidad: a tu profesora no le agrada. Y la segunda, sobre las palabras perfectas: le agradan mucho. Y tal vez ahora podrías contarnos algo acerca de *ti*.

La muchacha se mostró descontenta ante la propuesta.

–¿Como qué?

–Les he pedido a los alumnos que fueran diciendo sus nombres y haciendo algún comentario breve acerca de sí mismos. Ahora es tu turno.

–Me llamo Casey Cramer –dijo de mala gana–. Casey Clayton Cramer. Todo con C. Tres –agregó.

–¿Qué? –preguntó Marc–. ¿Tus notas?

–No. *Casey, Clayton, Cramer*. Todos empiezan con C.

–Ah –murmuró–. Es cierto.

Nos sentimos incómodos e increíblemente apenados por Casey Cramer, que no podía caminar y había recibido un reto de la profesora. Pero también estábamos esperando que dijera algo como: “La razón por la cual estoy en esta silla de ruedas es...”. Pero no dijo nada semejante. Eso había sido todo.

Con una leve sensación de náusea, comprendí que había llegado mi turno.

Me dije que no tenía que contarles nada importante, ni sobre Reeve ni sobre lo que me había ocurrido. Solo tenía que decir alguna cosa ínfima, como todos los demás. Darles algo para dejarlos contentos.

La Sra. Quenell me observó con sus ojos claros e interesados.

–Muy bien. Ahora te toca a ti.

Y esperó. No me quedaba otra alternativa. No podía decir que no estaba de ánimo para hablar de mí; estaba segura de que la profesora no lo consideraría una excusa valedera. Bajé los ojos hacia la madera de la mesa que, de repente, me pareció tan interesante como Casey en la silla de ruedas. Me quedé mirando un rato largo y finalmente levanté la vista y dije:

–De acuerdo. Veamos. Me llamo Jam Gallahue –y me detuve esperando que eso fuera suficiente.

Pero obviamente no lo fue.

–Continúa –repuso la profesora.

–Bueno –dije bajando nuevamente la mirada–. En realidad mi nombre es Jamaica, que es el lugar donde fueron mis padres de luna de miel. Y donde fui *concebida* –Marc rio con vergüenza–. Mi hermano me decía Jam cuando era pequeño, y quedó. Ah, y soy de Nueva Jersey.

Eso fue todo. Miré a mi alrededor y, además de la Sra. Quenell, nadie parecía muy interesado en lo que yo tuviera para decir. La situación era realmente incómoda y patética: cinco alumnos que no tenían nada que ver entre sí, con la profesora que los había elegido.

Y a pesar de que ese sería un buen momento para que ella nos explicara por qué había elegido a cada uno, que nos dijera algo así como “Deben estar preguntándose por qué están aquí. Bueno, en sus pruebas, todos demostraron una aptitud especial para la comprensión de textos...”, ni siquiera trató de dar una explicación. En cambio, volteó levemente la cabeza para echar una mirada al grupo; como si nos estudiara y estuviera intentando memorizar nuestros rostros.

Fuera de mis padres, del Dr. Margolis y, obviamente, de Reeve, contadísimas veces había sentido que alguien me prestara tanta atención. Me pregunté qué era lo que le resultaba tan interesante. Si yo fuera ella y tuviera que sentarme acá y observarnos a nosotros, estaría mortalmente aburrida. Pero la Sra. Quenell me echó una mirada a mí y luego al resto de la clase, como si todos fuéramos fascinantes y dijo:

–Gracias, Jam, y gracias a todos. Es justo que yo les cuente algo acerca de mí. Soy la Sra. Quenell. De hecho, me llamo Veronica Quenell, pero prefiero que me digan *Señora*. Si alguno de ustedes quiere que le diga Señor o Señorita, estaré encantada de hacerlo –silencio, nadie prefería eso–. Doy clases en El Granero desde mucho antes de que ustedes hubieran nacido –continuó–. Exijo ciertas condiciones de mis alumnos y pretendo que las cumplan en serio. Puntualidad, por supuesto, pero no solo eso. También trabajo duro, honestidad y actitud receptiva. Es probable que ahora estén pensando *Por supuesto, Sra. Quenell, claro que cumpliremos sus condiciones*. Pero a veces la mente se cierra y no se produce aprendizaje

alguno. No leen. No hacen la tarea. Y cuando eso sucede, obviamente, no tiene sentido que estén aquí.

Pero si hacen todo lo que les pido, creo que les resultará muy enriquecedor. Me apasiona dar esta clase, que es la única que enseño actualmente porque ya no me cuezo al primer hervor. Con lo cual quiero decir que ya no soy *joven*, por si tal vez no lo habían notado –hizo una pausa y volvió a mirarnos a todos–. Oh, entonces sí lo habían notado –comentó con una leve sonrisa–. Por desgracia, la edad es una de esas cosas que ninguno de nosotros puede modificar –otra pausa y luego finalmente agregó–: Tal vez algunos de ustedes se estarán preguntando por qué fueron invitados a participar de esta clase.

–Mierda, ya lo creo –disparó Griffin Foley, y una risa de sorpresa se extendió por toda la mesa. Marc hizo un gesto de desaprobación–. Conmigo, cometió una gran equivocación –aseguró.

–Como cualquiera, yo también cometo equivocaciones –dijo la Sra. Quenell–. No soy perfecta en absoluto. Pero revisé sus fichas con cuidado y no tengo ninguna duda de que están en el lugar correcto. Hasta tú, Griffin –echó otra mirada alrededor de la mesa–. Entre hoy y el final de diciembre, cuando esta clase termine, estaré sumamente interesada en escuchar lo que tienen para decir acerca de ustedes mismos –luego añadió–: Y no espero que entiendan nada de lo que estoy tratando de decirles.

Todos nos quedamos mirándola con atención. Era cierto, no entendíamos nada de nada.

–Pero no se preocupen –advirtió–. Ya entenderán. De eso estoy segura –observó nuevamente el reloj–. Veo

que el tiempo vuela, como es su costumbre. Me gustaría presentarles a la primera escritora que veremos este semestre. También es la última, porque es la única escritora que leeremos. Siempre que dicté esta asignatura, me concentré en un solo autor por vez, y siempre lo fui cambiando. Me agrada que las conversaciones se renueven... –en una voz más calma, añadió–: Creo que ya puedo contarles que ustedes serán mis últimos alumnos.

Todos nos quedamos sorprendidos. Sierra levantó la mano y preguntó:

–¿Qué quiere decir?

–Sierra, acá no hay que levantar la mano; solo elevar la mente. Lo que quiero decir es que voy a jubilarme una vez que termine este semestre –aclaró–. He estado aquí durante mucho tiempo y ha sido maravilloso. Pero creo que ya es momento de que me vaya. De modo que vendí mi casa y tengo pensado hacer un crucero alrededor del mundo –en uno de esos barcos gigantescos atestados de ancianos como yo, haciendo fila para servirse el postre– antes de decidir dónde me instalaré. Cuando terminen las clases, ya habré empacado y me despediré de El Granero –la emoción se fue filtrando en sus palabras, aunque claramente trataba de contenerla–. Al final del semestre, la escuela me ofrecerá una fiesta por mi retiro –añadió–. Y están todos invitados.

El fin del semestre parecía tan lejano. Ni siquiera podía imaginarme cómo haría para llegar desde ese primer día hasta la fiesta. Parecía una eternidad. Para la profesora, el tiempo volaba pero, para mí, se mantenía inmóvil.

–Pero basta de hablar de mí –continuó–. Yo no soy importante para este debate, ustedes lo son. Así que prosigamos con este último semestre de Temas Especiales.

Buscó bajo el escritorio, extrajo una pila de cinco libros idénticos y los repartió. El título era *La campana de cristal*, de Sylvia Plath.

Recordé que Hannah Petroski me había dicho que era una novela increíble “pero muy deprimente”.

Marc Sonnenfeld levantó la mano, luego recordó lo que había dicho la profesora y la bajó rápidamente.

–Conozco ese libro –comentó–. Se supone que es muy oscuro. Creo que recuerdo algo acerca de la autora –hizo una pausa como si no supiera si debía continuar.

–Continúa –dijo la profesora.

–Bueno –prosiguió con incomodidad–, creo que ella... se suicidó, ¿no es cierto? Me parece que abrió el gas y metió la cabeza dentro del horno.

–Sí, es cierto.

–No quiero ofenderla –señaló Marc–. Estoy seguro de que es una buena profesora de Literatura y demás, pero ¿cree que es... apropiado para nosotros? Lo que quiero decir es... ¿acaso no estamos todos un poco...? –avergonzado, se interrumpió antes de concluir la frase.

–Continúa.

–*Fragiles* –agregó, con un poquito de ironía en la voz–. Como dice en el folleto. Se supone que todos somos muy frágiles. Como de porcelana.

–Sí, creo que dice algo así en el folleto –repuso la Sra. Quenell–. Marc, ¿sientes que leer un libro sobre los problemas emocionales de una joven –de una escritora que

finalmente sucumbió a sus propios dramas emocionales—sería demasiado para ti?

—Creo que no —contestó Marc después de reflexionar un poco—. Se supone que es un clásico.

La profesora echó un vistazo alrededor de la mesa.

—¿A alguno de ustedes le resulta incómodo tener que leer *La campana de cristal*?

Mientras todos negábamos con la cabeza, me pregunté qué dirían mis padres. Tal vez les preocuparía que leyera un libro deprimente. Me imaginé yendo al teléfono público, después de la clase, y hablando con ellos para contarles que debía leer *La campana de cristal* y que eso me alteraba. “Vamos a sacarte ya mismo de esa escuela”, diría mi padre indignado. Y luego tendría que marcharme al día siguiente y regresar a mi propia casa, a mi propia cama y ya no tendría que lidiar con ese ambiente nuevo y extraño y con todas esas personas con problemas.

—Muy bien, gracias —dijo la Sra. Quenell como si no se le hubiera ocurrido antes de ese momento que su elección de libro y de escritora resultaba algo inusual en una escuela como esa. Marc tenía razón: ahí, el suicidio tenía que ser un tema sensible. Seguramente, muchos de los alumnos de El Granero estaban deprimidos. Era como si, al elegir a Sylvia Plath, la profesora estuviera metiéndose de lleno en el problema. Como si estuviera haciendo exactamente lo que quería porque no le importaba lo que la gente pensara de ella. Y, durante una milésima de segundo, me sentí impresionada.

—Si alguien cambia su manera de pensar —prosiguió—, por favor venga a hablar conmigo. Elijo el programa con

mucho cuidado, de la misma manera en que los elegí a cada uno de ustedes.

Quizá nos había elegido con cuidado pero quién podía saber qué criterio había utilizado en esa selección. Ninguno de nosotros parecía tener mucho en común.

–Para aquellos que no conocen *La campana de cristal* –explicó–, fue escrita hace más de cincuenta años por Sylvia Plath, una brillante escritora norteamericana. El libro es autobiográfico y cuenta la historia de la depresión de una joven y, supongo, su caída en la locura. ¿Alguien sabe qué es una campana de cristal? –meneamos la cabeza–. Es un recipiente de vidrio en forma de campana utilizado para muestras científicas o para crear un pequeño vacío. Cualquier cosa que se coloque bajo una campana de cristal quedará aislada del resto del mundo. Por supuesto que se trata de un título metafórico. Sylvia Plath, cuya depresión la hacía sentirse como si ella misma estuviera dentro de una especie de campana de cristal, desconectada del mundo, se suicidó a los treinta años.

Nadie hablaba; nos limitamos a escuchar.

–Esta es la única novela que escribió. Fue una poeta muy refinada y talentosa y, al final de su vida, escribió parte de su obra más potente, los poemas de la colección *Ariel*, que también leeremos. Ah, y además fue una prolífica escritora de diarios. Por lo cual –anunció–, también les entregaré *esto*.

Volvió a estirarse bajo la mesa, extrajo una pila de diarios de cuero rojo exactamente iguales y los repartió. Cuando abrí el mío, emitió un leve crujido. Tenía el lomo rígido, se veía de inmediato que estaba muy bien hecho

y que era muy viejo, las páginas amarillentas como si hubiera estado guardado dentro de una caja en un armario durante décadas. Las líneas azul pálido de las hojas estaban más pegadas unas a otras que en los cuadernos que yo solía usar, y supe que me llevaría mucho tiempo llenar una página entera.

–Guau –exclamó Griffin–. Esto es una antigüedad.

–Sí. Igual que la profesora –comentó la Sra. Quenell con una sonrisa. Juntó las manos y nos miró–. Por esta noche –prosiguió–, además de leer el primer capítulo de *La campana de cristal*, también comenzarán a pensar en llevar su propio diario. Intenten imaginar qué podrían escribir. Si pueden, empiecen a hacerlo. Si no, al menos reflexionen acerca del tema. Es su propio diario, les pertenece y será una representación de ustedes y de su vida interior. Pueden escribir lo que quieran.

Sin embargo, lo único que pensé, sarcásticamente, fue *uhh, qué emocionante*, porque no había nada de lo que desease escribir. No iba a apuntar en ese diario las cosas en las que pensaba constantemente, día y noche. La persona en la que pensaba. Eso era solo para mí.

–Una vez que el espíritu eche a rodar –continuó la Sra. Quenell–, escribirán sus diarios dos veces por semana y me los entregarán al final del semestre. No los voy a leer, nunca lo hago, pero sí los voy a recoger y los guardaré. Al igual que la escritura misma, esto es un requisito. Creo profundamente en que mis alumnos miren hacia adelante y no se demoren en lo que no es provechoso –hizo una pausa y luego añadió–: Dedicaremos todo el semestre a realizar una lectura profunda y también a lo que yo

llamo “escritura profunda”. Y todos deberán participar de los debates en clase. Sé que algunos días serán más duros que otros.

Volvió a echar otra mirada a la clase y nos habló con gran seriedad.

–Y hay algo más que exijo a mis alumnos, aunque no me agrada decirlo de esa manera. Es algo que me gustaría *pedirles* que hicieran, de un ser humano a otro: que se cuiden entre ustedes.

No creí que ninguno de nosotros supiera a qué se refería, pero todos estuvimos de acuerdo.

–Gracias –dijo la mujer–. ¿Alguna pregunta?

–¿Está segura de que está bien escribir en estos diarios? –inquirió Marc–. Tienen aspecto de que deberían estar en un museo.

–Está perfectamente bien –le aseguró.

–¿Pero qué deberíamos escribir? –insistió.

–Marc –dijo la Sra. Quenell–. Ya no eres un niño, ¿verdad?

–No –respondió.

–Eso creí. Si te digo *qué* debes escribir, te estaría tratando como si realmente lo fueras. Creo recordar que tu cumpleaños fue en el verano, ¿no? ¿Y cumpliste dieciséis? –Marc asintió–. Es una buena edad, en la que puedes tomar ciertas decisiones en forma independiente, y una de ellas es qué escribir en tu diario. Ya no necesitas que una mujer mayor te dé indicaciones. Sé que hay mucho movimiento dentro de tu cerebro.

–Sra. Quenell –presionó Marc con expresión todavía preocupada–, no quiero ser molesto, pero trabajo mucho mejor cuando me dan instrucciones. Lo lamento –acotó.

–No hay nada que lamentar. Dame un momento para pensar –después de unos segundos, continuó–: Yo diría que debes escribir acerca de aquello que cuente tu historia de la mejor manera. Espero que eso te sirva de ayuda.

Miré a Marc. No, eso no parecía servirle de ayuda en absoluto, pero la profesora no pareció notarlo. Cuando se puso de pie, observé cuán alta era. Se destacaba sobre nosotros con su cabeza blanca y su elegante blusa de seda.

–Todos –concluyó paseando la vista alrededor de la mesa– tienen algo que decir. Pero no todos tienen el valor de decirlo. La tarea de ustedes es encontrar la manera de hacerlo.